

EL CARBONERO ALCALDE DE PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN: UN EPISODIO DE LA GUERRA DE LA INDEPENDENCIA ENTRE EL MITO Y LA REALIDAD.

PEDRO ANTONIO DE ALARCÓN'S MAYOR-CUM-COLLIER: AN EPISODE OF THE PENINSULAR WAR BETWEEN MYTH AND REALITY.

Francisco Luis Díaz Torrejón

Foro para el Estudio de la Historia Militar de España | diaztorrejon@hotmail.com

Recibido: mayo de 2015 / Aceptado: julio de 2015.

Resumen

El suceso bélico de La Peza de 1810 es un episodio documentalmente oscuro, sin más escrito que certifique su desarrollo que el relato de Pedro Antonio de Alarcón. Esta ausencia de datos no niega su veracidad histórica, aunque ha propiciado la distorsión de los hechos. Recientes investigaciones en archivos franceses han descubierto una serie de datos, muy aprovechables e interesantes, para abundar en el conocimiento del episodio protagonizado por el carbonero alcalde y los vecinos de la localidad granadina. Con ellos se pierde en sentido épico lo que se gana en verosimilitud.

Palabras clave

Guerra de la Independencia | Guerrilla | Crítica histórica | Literatura | La Peza.

Summary

Evidence of the 1810 war time incident at La Peza is hard to substantiate, the sequence of events being sketchy beyond the account of Pedro Antonio de Alarcón. This absence of hard facts doesn't rule out its historical veracity, but it has led to distortion of the story. Recent research in French archives has uncovered some interesting and serviceable facts which amplify knowledge of the episodes headed by the coalman-mayor and the townspeople of this Granada locality. With this evidence the events now lack in drama what they have gained in plausibility.

Keywords

Peninsula War | Irregulars | Historical criticism | Literature | La Peza.

1. TRADICIÓN ORAL Y LITERATURA.

La primera consideración que ha de tenerse en cuenta, como punto de partida, es el vacío de referencias historiográficas directas –al menos no se han encontrado hasta el presente– sobre el asunto en cuestión: la historia bélica del carbonero alcalde de La Peza, pequeña localidad de la comarca de Guadix, y de su vecindario contra las tropas napoleónicas. Las fuentes omiten la menor noticia al respecto y el silencio marca las investigaciones por más empeño que se ha puesto en el rastreo de cualquier indicio sobre el episodio allí acaecido el año 1810.

Váyase por partes. En La Peza, epicentro de los hechos, nada puede indagarse porque entonces era un pueblo de escasa significación demográfica que dependía en el aspecto político-administrativo de Guadix y, por ende, hoy carece de archivos concernientes a aquella época¹. Tan sólo la parroquia local, instituida bajo la advocación de Nuestra Señora de la Anunciación, poseía libros sacramentales de bautismos, matrimonios y defunciones hasta que fueron reducidos a ceniza por las pasiones anticlericales de la última guerra civil. Por tales motivos, La Peza no guarda memoria escrita de unos acontecimientos que tan de cerca le tocan.

En Guadix, punto de referencia inmediato como cabeza de la comarca, se centra la atención con la esperanza de hallar en sus archivos alguna noticia, aunque sea tan insignificante que se reduzca a una vaga mención sobre lo ocurrido en la villa lapeceña hace poco más de doscientos años. Pero los resultados son infructuosos. En los archivos de Guadix no existe la menor alusión al asunto y una de las pruebas más indicativa de ello es que ninguno de los buenos historiadores accitanos, expertos conocedores del patrimonio documental de su ciudad, ha publicado nada al respecto.

Las fuentes hemerográficas también pasan por alto el suceso de La Peza porque ningún periódico incluye en sus páginas una breve reseña alusiva, pese al marcado espíritu propagandístico de la prensa del momento. Por proximidad geográfica, la *Gazeta de Granada* –periódico de filiación afrancesada²– era el medio destinado a recoger la noticia, pero nada refiere, mutismo total, como si el hecho no tuviera interés informativo o hubiese el empeño de ocultarlo a la opinión pública. Examinada la serie de números o ejemplares de este periódico inmediatos a la fecha del episodio de La Peza, no se advierte insinuación más o menos interpretable que a él pueda referirse. Silencio como si nada hubiera ocurrido.

La historiografía francesa tampoco presta atención al asunto. Una fuente de primerísima mano como son los partes que el general Horace Sébastiani de la Porta, comandante en jefe del IV Cuerpo Imperial desplegado por el reino de Granada, remite sistemáticamente al mariscal Soult y que luego se publican en el *Journal de l'Empire*, órgano de difusión oficial en la Francia napoleónica, también omiten la menor alusión sobre las acciones militares emprendidas en La Peza. En

1. Los primeros documentos atesorados en el Archivo Municipal de La Peza datan del año 1925.

2. La *Gazeta de Granada*, publicada regularmente los martes y viernes en la capital granadina desde el 6 de febrero de 1810, se tiraba en la imprenta de Francisco Gómez Espinosa de los Monteros.

el parte correspondiente a la fecha inmediata al hecho se informa de las evoluciones de las tropas imperiales en el septentrión granadino, pero ni una sola palabra se dice acerca del tema que interesa³.

En la literatura testimonial francesa no hay, tampoco, referencia alguna al *affaire* de La Peza. El libro, de carácter autobiográfico, que más exhaustivamente trata las evoluciones militares en la mitad oriental de Andalucía son las *mémoires* del entonces ayudante comandante –grado equivalente al de coronel– Louis Joseph Bouillé du Chariol (Bouillé, 1906-1911). Aunque su contenido es completísimo porque incluye la información que este personaje recaba como jefe del Estado Mayor del IV Cuerpo Imperial, las noticias relativas a la intervención napoleónica en la localidad lapeceña son inexistentes.

A tenor de lo expuesto, sólo cabe decir que el suceso bélico de La Peza de 1810 es un episodio documentalmente oscuro, pues no hay pruebas escritas que certifiquen el desarrollo de los acontecimientos tal y como hoy se conocen. La ausencia de datos escritos no niega su veracidad histórica, pero sí que ha propiciado la distorsión de los hechos por un defecto de enfoque susceptible a la acción de diferentes factores, sobre todo el paso del tiempo y la imaginación popular. La falta de soportes documentales ha impedido que el suceso lapeceño permanezca como una foto fija, inalterable frente al capricho y a la manipulación.

Por sus características metodológicas, el episodio de La Peza encaja en el concepto de las historias de tradición oral porque ha trascendido gracias a un testimonio verbal, que llega a oídos del insigne escritor accitano Pedro Antonio de Alarcón y que luego su pluma lo convierte en un relato con el título *El carbonero alcalde. Episodio de la Guerra de la Independencia*.

El conocimiento del suceso se debe en exclusiva a la citada obrita de Alarcón, quien pretende ser rigurosamente veraz cuando antes de escribir éste y otros relatos de similares características confiesa:

“Hoy no soy artista; hoy soy un simple amanuense; no os demando por consiguiente admiración, sino que me creáis a puño cerrado.” (Alarcón, 1857: 194)

No se duda de los buenos propósitos de Alarcón y quizá su mano transcriba casi al dictado lo que oyen sus oídos, pero lo que no puede garantizar el escritor es que lo que le cuentan sea estrictamente histórico. Aun en el supuesto de que no añadiera una sola palabra de su propia cosecha, el relator –un testigo presencial del suceso– habla de memoria y la memoria puede jugar malas pasadas, sobre todo cuando se recurre a ella casi cincuenta años después de ocurridos los hechos. La memoria es sensible a la supresión inconsciente de recuerdos y a la confusión indeliberada de situaciones con el transcurso del tiempo, razón por la cual –según palabras de Paul Thomson– “el testimonio oral [...] tiene que ser evaluado en términos de su consistencia interna, como comparada con evidencias de otras fuentes” (Thomson, 1984: 54).

3. Nouvelles officielles d'Espagne. Lettre du duc de Dalmatie au prince de Neuchâtel, vice-connétable, major-général. Grenade 17 mars 1810: *Journal de l'Empire* (6 avril 1810): pp. 3-4.

Semejante recomendación, metodológicamente indispensable, es tarea imposible para Pedro Antonio de Alarcón porque no dispone de los apoyos documentales necesarios para constatar la veracidad de la historia que le cuentan. Por eso, sorprende que el escritor asevere con determinación que el suceso de La Peza es histórico “al pie de la letra” (Alarcón, 1918: 210).

El relato de *El carbonero alcalde* es una obra de la primera etapa literaria de Alarcón, pues tiene veintiséis años de edad cuando la publica en la revista madrileña *El Museo Universal* —aparece en el número de 1 de septiembre de 1859— con una dedicatoria: “A mi paisano Tárrago” (Alarcón, 1859: 130). Se trata de Torcuato Tárrago y Mateos, un periodista y escritor accitano al que Alarcón —mucho menor que él— tenía gran afecto tanto por paisanaje como por haber sido, en cierta forma, su primer maestro y mentor en Guadix.

Por la fecha en la que Alarcón escribe el relato es muy posible que aún vivieran en La Peza algunos —si no muchos— protagonistas y testigos del hecho, aunque todos ya ancianos. De la boca de alguno de ellos le llega la información, pero sorprende que después de transcurridos casi cincuenta años le proporcionaran tantas y tan prolifas noticias como las que el escritor incluye en su texto. Sólo hace falta leer el relato para descubrir la huella de la pluma de Alarcón, que ha dejado un reguero indisoluble de descripciones, circunstancias y ambientes literaturizados más propios de la escena que de la realidad.

Indudablemente, el relato tiene una base histórica que Alarcón utiliza a modo de armazón para ensamblar un decorado a su antojo como buen novelista, con lo cual chocan sus palabras cuando dice: “Yo soy poco aficionado a inventar historias” (Alarcón, 1918: 210). Si un novelista no inventa historias, ¿quién va a hacerlo?

Recientes investigaciones en archivos franceses han descubierto una serie de datos, muy aprovechables e interesantes, para abundar en el conocimiento —entiéndase en el más estricto sentido histórico— del episodio protagonizado por el carbonero alcalde y los vecinos de La Peza en cierto día de 1810. Dichos datos son desmitificadores si por ello se entiende que reflejan una realidad incuestionable: sitúan al suceso en el plano de la verosimilitud y lo desposeen del sentido épico, a lo griego clásico, con que lo habían adobado la transmisión oral y el relato de Pedro Antonio de Alarcón.

A fin de contextualizar las nuevas aportaciones, de ponerlas en su sitio, va a seguirse una secuencia cronológica de los hechos.

2. CUANDO LA HISTORIA COMIENZA: LOS FRANCESES EN GUADIX.

Asegurada la ocupación de Granada —ciudad bajo dominio napoleónico desde la tarde del 28 de enero de 1810 (Díaz Torrejón, 2011: 101)— y afirmado el sosiego de su vecindario, el general Horace Sébastiani de la Porta considera que ha llegado el momento de proyectar el avance de las fuerzas del IV Cuerpo Imperial

hacia otras latitudes del reino granadino. Especial atención requiere la zona de levante porque hacia allí se habían dirigido las reliquias supervivientes del ejército español derrotado, pocas semanas antes, en los altos de Sierra Morena. Según el jefe del Estado Mayor de las fuerzas napoleónicas, el ayudante comandante Bouillé du Chariol, urge “observer les mouvements que l'ennemi pouvait faire du côté de Murcie”⁴.

La misión exige un importante contingente militar para proceder con garantías en caso de enfrentamiento y el 15 de febrero de 1810 parte de Granada una fuerza de mil doscientos hombres de infantería; quinientos setenta jinetes de una brigada de caballería, compuesta por los primeros y segundos escuadrones de los regimientos n.ºs 20 y 21 de dragones; y ciento setenta soldados de dos unidades de artillería (Bouillé, 1906-1911: 319).

Estas tropas dan un rodeo por la ruta de Iznalloz, mucho más cómoda para hombres y animales, y avanzan sin que ningún incidente perturbe su marcha, aunque cierto autor refiere –no señala la fuente– que es hostigada por un grupo de paisanos armados en la cuesta de Diezma (Asenjo Sedano, 1986: 36). Dando por cierto el hecho, la resistencia popular fue tan endeble que sólo bastó una carga de las avanzadas napoleónicas para despejar el camino.

Nada detiene la marcha y no hay novedad hasta que, cuatro leguas más adelante, los ojos descubren en el horizonte el abigarrado caserío de una urbe de apreciable entidad: Guadix. Es media tarde del viernes 16 de febrero de 1810 cuando los soldados imperiales entran en la ciudad⁵ y perciben una imagen urbana muy parecida a la descrita por el viajero francés Jean François Peyron pocos decenios antes:

“Guadix est [...] environnée de promenades agréables; au bout de la principale est une espece de dôme lourdement construit, où l'on trouve quelques bancs de pierre, et d'où l'on jouit d'une très-belle vue sur la campagne. Au sommet de la ville est une place grande et régulière, ornée de pilastres et de jolies maisons; l'église est grande, richement décorée et de bon goût.”⁶

Las calles están desiertas y Guadix parece una ciudad fantasma aquella tarde de invierno porque sus nueve mil habitantes (Miñano y Bedoya, 1826-1829: 5. 393), reclusos en sus casas presos de miedo, no ignoran la cruel fama que precede a las tropas napoleónicas allá donde llegan, como reconoce uno de los suyos: “Nul peuple guerrier ou vagabond ne nous a jamais égalés pour la dévastation et le brigandage” (Percy, 1904: 458)⁷.

4. “Observer los movimientos que el enemigo podía realizar del lado de Murcia” (Bouillé, 1906-1911: 319).

5. *Gazeta del Gobierno de Granada*, n. 5 (20 de febrero de 1810): p. 17.

6. “Guadix está [...] rodeada de agradables paseos; al final del principal hay una especie de domo toscamente construido, donde se encuentra algunos bancos de piedra, y de donde se disfruta de una hermosa vista del campo. En lo alto de la ciudad hay una plaza grande y regular, adornada de columnas y de lindas casas; la iglesia es grande, suntuosamente decorada y de buen gusto” (Peyron, 1782: 1. 152).

7. “Ningún pueblo guerrero o vagabundo jamás nos ha igualado en la devastación y el bandidaje”.

Cuando entran los franceses, las principales instituciones accitanas llevan varios días acéfalas. Son especialmente significativos los vacíos existentes en las cúpulas del poder político y del poder eclesiástico porque las figuras que los encarnaban han huido de la ciudad: el corregidor Rafael Aynat y Salas, titular desde 1807 (Gil Novales, 2010: 1. 294), se había ido con las tropas españolas que corrían en retirada hacia la parte de Murcia (Pérez López, 1998: 99-100); y el obispo Marcos Cabello López, propietario de la silla episcopal desde el 2 de junio de 1805 (Guitarte Izquierdo, 1992: 125), se había marchado en pos de un refugio seguro en Dólar primero y en la localidad alpujarreña de Huécija después⁸.

La quietud reinante en Guadix la tarde del 16 de febrero de 1810, cuando entran las fuerzas imperiales, contrasta radicalmente con la agitación que inundaba sus calles en los días anteriores. Entonces la ciudad hervía en manifestaciones antinapoleónicas y las actitudes beligerantes de un vecindario envalentonado estaban en plena efervescencia. La tensión, máxima e incontenible, fue canalizada contra la persona de Francisco Trujillo –sustituto en el corregimiento por la ausencia de su titular– cuando se declaró partidario de capitular ante las tropas napoleónicas para librar al pueblo de un baño de sangre, como muy inteligentemente se había hecho en Granada y en Sevilla. No era la mejor coyuntura para plantear cuestiones de sentido común porque en una realidad dominada por el fanatismo de nada valen las razones, aunque se tratara de evitar los horrores de la guerra. La actitud pacifista de Trujillo, entendida como un signo de afrancesamiento, le cuesta la vida a manos de una turba furiosa y desenfadada: el 10 de febrero es cosido a puñaladas y su cadáver arrastrado por las calles de Guadix (Asenjo Sedano, 1986: 33).

Las fuerzas napoleónicas apenas se detienen en Guadix un par de días porque, conforme a la misión encomendada por el general Sébastiani de la Porta, prosiguen su avance para observar las posiciones de las unidades españolas que se repliegan hacia el levante. Las tropas imperiales retoman la marcha, salvo cierto contingente que permanece en la ciudad de guarnición como lo exige el control de toda urbe conquistada.

Dada la categoría demográfica de Guadix, la superioridad militar considera que la ciudad está asegurada con una mediana guarnición. Según sus estimaciones, basta con la permanencia de una fuerza de quinientos doce hombres de cuatro unidades y armas distintas: doscientos cincuenta y cuatro pertenecientes al 1.^{er} y 2.^o escuadrón del regimiento n.º 20 de dragones; ochenta y seis a la compañía de *voltigeurs*⁹ del 3.^{er} batallón del regimiento n.º 75 de infantería de línea; setenta y ocho a la 1.^a compañía del regimiento n.º 3 de artillería a caballo; y noventa y cuatro a la 6.^a compañía de 2.^o batallón *bis* del tren de artillería¹⁰.

8. Archivo Histórico Nacional. Consejos. Leg. 11982, exp. 6. “El obispo de Guadix da cuenta de la conducta que ha observado por la entrada de los franceses en su diócesis” (oficio de 28 de marzo de 1810).

9. Los *voltigeurs* son soldados de infantería de línea con funciones muy parecidas a los de la infantería ligera, que habitualmente maniobran en orden abierto y gozan de gran versatilidad en el campo de batalla dada la baja estatura de sus integrantes.

10. Service Historique de la Défense (SHD). C8-353. 4^e Corps de l’Armée d’Espagne. Situation 1^{er} mai 1810 au 15 mai 1810.

Desde la segunda mitad de febrero de 1810, Guadix es una plaza militar guarnecida y bajo la jurisdicción de un gobernador napoleónico con los máximos poderes sobre la ciudad y su vecindario. La persona elegida para ejercer el gobierno local es un prestigioso oficial superior de caballería: Jean Baptiste Juvenal Corbineau, coronel del regimiento n.º 20 de dragones.

El coronel Corbineau es un hombre de treinta y tres años cumplidos –había nacido el 1 de agosto de 1776 en la localidad de Marchiennes– que tiene casi cuatro lustros de carrera castrense y la experiencia de haber participado en las guerras de la Revolución, así como en las campañas de Austria, Alemania, Prusia y Polonia con actuaciones especialmente brillantes en las batallas de Eylau y de Wagram (Mullié, 1851: 1. 327). Corbineau, que asciende al generalato el año siguiente, está condecorado con las cruces de caballero y de comandante de la Legión de Honor¹¹.

Guadix es una ciudad napoleónica desde el mismo instante que los soldados imperiales coexisten con sus vecinos en una proximidad tan indeseada como impuesta. La convivencia, aunque forzada, es una relación en la corta distancia que implica compartir espacio físico y pese a los sentimientos refractarios de los accitanos, los quinientos doce hombres de la guarnición se instalan en ciertos inmuebles situados en pleno casco urbano. Generalmente se trata de construcciones de amplios espacios interiores y como es habitual en estos casos, los acuartelamientos se establecen en las desahogadas dependencias de edificios públicos o religiosos. Nada puede precisarse acerca de las fincas accitanas donde se alojan los franceses, salvo que los soldados de las dos unidades de artillería ocupan el convento de San Agustín (Asenjo Sedano, 1986: 37) y con ellos sus respectivos oficiales: el capitán Charvet y el teniente Leclerc¹².

Los vecinos se resignan a la presencia napoleónica, aunque en cuestión de pocas semanas –según refiere Pedro Antonio de Alarcón– la fonética francesa suena tan familiar en los oídos de los accitanos que algunos intentan hablar aquel idioma. Afirmación semejante no está probada y quizá sólo se trate de una licencia literaria de Alarcón para descargar su galofobia, como se observa en el siguiente párrafo incluido en la primera versión de su relato: “La plebe empezaba a chapurrar el francés; ya sabía decir *didon* y remedar al cerdo con el *oui, oui* traspirenáico” (Alarcón, 1859: 130).

La presencia de una guarnición estable exige el suministro regular de provisiones porque el conquistador, conforme al más elemental principio de la guerra, vive sobre el terreno. El sistema logístico de las tropas napoleónicas pesa sobre los recursos locales y en Guadix esta regla no va a ser una excepción, puesto que el abastecimiento de los quinientos hombres allí acuartelados recae sobre la economía vecinal. Si medio millar de bocas supone una carga insostenible incluso para las poblaciones ricas, imagínese lo que supone para una ciudad como Guadix por su limitado potencial agrícola y ganadero. Las reservas de cereales y otras especies son particularmente frágiles porque, según refiere

11. Archives Nationales de France (ANF). Légion d'Honneur. Dossier 588/28.

12. SHD. C8-353. 4º Corps de l'Armée d'Espagne. Situation 15 mars 1810 au 15 avril 1810.

Miñano, las tierras accitanas producen “granos, vino y buenas frutas, aunque todo ello con escasez” (Miñano y Bedoya, 1826-1829: 4. 393).

Al cabo de un par de semanas los almacenes de Guadix acusan los efectos del abastecimiento de la guarnición, abastecimiento que importa diariamente grandes cantidades de especies variadas ya que cada ración incluye pan, legumbres, vino y carne o tocino. El contenido de los pósitos y graneros locales merma por día y sus trojes están casi vacíos porque, según palabras de Alarcón, “todo lo habían devorado aquellos ogros” (Alarcón, 1859: 130).

El suministro de la guarnición es una necesidad ineludible y ante la escasez de víveres en los depósitos de Guadix, hay que buscarlos en otros sitios. Urgen los apoyos logísticos externos e inmediatamente se activa la medida de exigir cupos de provisiones a los pueblos, aldeas y lugares del partido. El gobernador Corbineau da las órdenes pertinentes y destacamentos de la guarnición salen a los caminos. Las circunstancias mandan y la necesidad obliga.

3. DE LA PEZA Y DE LOS LAPECEÑOS.

Pocas cosas justifican actuaciones tan determinantes en la esfera militar como las necesidades logísticas y con el imperativo marcado por las urgencias del aprovisionamiento, varios contingentes napoleónicos se proyectan desde Guadix en expediciones por las localidades del término en busca de víveres. Uno de los destacamentos de Corbineau parte cierta mañana en dirección sudoeste y avanza con paso lento por un camino áspero, difícil, que se complica paulatinamente hasta el caso de discurrir “por un ojo de aguja labrado en la roca, con pintorescos cortados y angosturas” (Asenjo Sedano, 1997: 70).

El terreno exige la máxima precaución y al cabo de tres leguas de marcha aparece al fondo del camino la meta señalada. La panorámica percibida desde la distancia está dominada por manchas arbóreas que enmarcan la silueta, según la expresión del botánico Simón de Rojas Clemente Rubio, de un “pueblo sito en el hondo con tejas, orilla a un río en cuya margen meridional tiene su vega” (Clemente Rubio, 2002: 685).

Ante los ojos de los visitantes aparece un pueblo enclavado en la pendiente de una hondonada que se precipita desde la falda septentrional de Sierra Nevada, por donde discurre las aguas del río Morollón (Madoz, 1845-1850: 12. 825). Se trata de La Peza, una localidad perdida en la espesura de los montes que ha conservado incorruptiblemente durante siglos una esencia natural, primitiva y atávica en la medida que el aislamiento geográfico protege de la adulteración. Por eso, alguien llega a decir: ¿Se ha parado aquí el reloj del tiempo? (Moreno e Hidalgo, 1926: 109).

El ínclito Pedro Antonio de Alarcón, que conoce bien la idiosincrasia de La Peza, constata el particular sello que define su realidad desde tiempos remotos:

“Entre los pueblos que, indiferentes a los adelantos de la civilización, vegetan al pie

del colosal y siempre nevado picacho de Veleta, es renombrada en veinte leguas a la redonda, por el carácter de sus habitantes, por su aspecto, por el estado casi salvaje de las costumbres y por otras circunstancias [...] la antiquísima villa de La Peza.” (Alarcón, 1859: 130).

Pueblo raquítrico, La Peza no ha crecido más allá de las cuatro centenas de casas a la sombra de un viejo y arruinado castillo musulmán, que giran alrededor de una iglesia con dos torres de épocas y estilos distintos: “Al sur la primitiva, con la cabeza cortada [...] y al norte, altiva y arrogante, otra, labrada en piedra, digna de dar sombra a una catedral” (Moreno e Hidalgo, 1926: 110). El abigarrado caserío configura un entramado urbano de calles estrechas y empinadas que “serpentean como buscando el cerro, allí donde el castillo [...] impone un gesto simbólico de dominio medieval” (Asenjo Sedano, 1997: 70).

Basta una ligera ojeada desde la distancia para calibrar la categoría demográfica de La Peza. De un simple vistazo se adivina que una localidad de semejante dimensión urbana no puede albergar un vecindario cuantitativamente significativo, y en efecto así es porque no cuenta con más de mil cuatrocientos habitantes (Miñano y Bedoya, 1826-1829: 7. 3).

Diversos autores coinciden en señalar el carácter duro y bravío de los lapeceños, algo que quizá deba interpretarse como la huella indeleble de una íntima relación con el medio físico, salvaje y montaraz, en el que se han desenvuelto secularmente. Mucho se ha escrito al respecto y en particular Antonio Ramos emplea palabras muy elocuentes para definirlos: “Los de La Peza son bravos y empecinados. Los de La Peza son hombres de guerras y de bosques” (Ramos, 1972).

La vida de los lapeceños está ligada al campo, a la tierra, y su economía depende tanto del fruto obtenido del suelo domado por la agricultura como del producto ofrecido por la exuberante naturaleza de la sierra: La Peza vive de la labranza de su corta vega y de la espontánea riqueza de sus montes.

Una de las principales actividades locales –si no la primera– es el carboneo, cuya producción casi adquiere el carácter de industria. Tanto es así que la mayor parte del carbón que se consume en Granada, ciudad poblada por más de sesenta mil habitantes, procede de La Peza (Clemente Rubio, 2002: 237). En su término los recursos madereros son inagotables porque abarca “una extensa jurisdicción muy poblada de encina” (Clemente Rubio, 2002: 192). En sus tres mil hectáreas de monte hay encinas soberbias que concitan la admiración general por sus extraordinarias dimensiones, como asegura el ingeniero agrónomo Benito Ventué en un pormenorizado estudio sobre los cultivos en tierras granadinas:

“Las más grandes de la provincia se hallan en los montes de La Peza, y por su edad les dan el nombre de *abuelas*” (Ventué y Peralta, 1885: 28).

El carboneo, como actividad colectiva de La Peza, no sólo constituye un soporte económico local, sino que también tiene el carácter de auténtica cultura social porque dicho proceso productivo se ha transmitido de generación en generación entre los lapeceños. La cultura del carbón y del monte es algo tan arraigado en la tra-

dición local que se cree indisolublemente unido al alma de sus gentes: “Los de La Peza son carboneros cien por cien y montañeros de cuerpo entero” (Ramos, 1972).

4. EL HECHO BAJO LA LUPA: PRECISIONES HISTÓRICAS.

Antes de entrar en materia hay que hacer una declaración de intenciones: el rigor histórico exige una revisión exhaustiva del relato que la pluma de Pedro Antonio de Alarcón ofrece con la certeza de ser, tal y como él lo cuenta, un hecho verdadero a carta cabal.

La veracidad perdería sentido sin una precisión cronológica, imprescindible para situar en el tiempo un suceso acaecido, según se ha apuntado, en cierto momento del año 1810. Por consiguiente, el primer punto que debe definirse en el calendario de ese año es la fecha exacta del hecho, o sea el día y el mes, porque Alarcón yerra en ello cuando asegura: “Era el 15 de abril de dicho año de 1810” (Alarcón, 1859: 130). El tono categórico de su afirmación nada significa porque ni de cerca se aproxima a la fecha en cuestión, aunque en descargo de su error cabe otorgarle el beneficio de haber sido presuntamente mal informado por la persona que le contó el caso. En tal supuesto, Alarcón sólo sería el heredero de la equivocación.

Una de las primeras sospechas sobre la errónea datación del hecho radica en el tiempo transcurrido desde la toma napoleónica de Guadix, acaecida como se sabe el 16 de febrero de 1810, y la expedición a La Peza el 15 de abril. Choca que las tropas imperiales esperaran dos meses para desplegarse por la comarca accitana. Dos meses es demasiado tiempo para la proyección expansiva de las fuerzas francesas en sus maniobras de ocupación territorial, máxime cuando no había oposición militar enemiga que lo impidiera.

No hace falta decir que el coronel Corbineau dispone la expansión territorial de sus tropas en cuanto tiene bajo control la ciudad de Guadix, cabecera comarcal. En semejante misión se invierten pocos días porque el vecindario accitano, que se había entregado sumisamente al poder bonapartista desde el primer momento, facilita las cosas y no hay obstáculo para que los soldados imperiales se expandan por toda la comarca.

Dadas las urgencias logísticas de la guarnición de Guadix, puede asegurarse que La Peza –apenas a tres leguas de distancia– conoce la presencia napoleónica mucho antes de lo que dice Pedro Antonio de Alarcón. Esta afirmación está avalada por una prueba irrefutable: una reveladora anotación existente en la hoja de servicios de cierto oficial francés. Se trata de un oficial que había resultado herido en la acción de La Peza y cuya baja es constatada cronológicamente en la nota aludida: “Blessé d’un coup d’arme blanche au téton gauche au village de Peza le 1^{er} mars 1810”¹³.

13. “Herido de una cuchillada en la mama izquierda en la aldea de Peza el 1.º de marzo de 1810” ANF. Légion d’Honneur. Dossier 514/16. *État des services de Mr. Chazottes, François Antoine Marie* (Lorient, 16 de agosto de 1816).

Ante una verdad de Perogrullo no caben interpretaciones: si un militar napoleónico cae herido en la localidad lapeceña el 1 de marzo de 1810 es porque en ese día hay allí tropas imperiales. Queda demostrado, por tanto, el error de Alarcón cuando refiere que lapeceños y franceses se enfrentan el 15 de abril. Sin discusión posible, el hecho tiene fecha y ocurre mes y medio antes del día que aparece en el relato alarconiano. Por fin, la incógnita del suceso está despejada: el jueves 1 de marzo de 1810.

Debe aclararse otro punto para corregir la desviación histórica que el hecho tiene en el relato de Pedro Antonio de Alarcón. La revisión implica también una precisión sobre las fuerzas napoleónicas que coprotagonizan el suceso bélico de La Peza. Aunque resulta tarea difícil y complicada determinar con exactitud los efectivos que integran el contingente imperial enviado a la localidad lapeceña, hoy puede afirmarse que no son tantos como se asegura en el texto alarconiano: "Vendrán doscientos" (Alarcón, 1859: 130). Dos centenas de soldados es una fuerza excesiva para la operación logística que requiere una aldea de apenas mil y pico habitantes, perdida en la soledad de los montes y sin peligro aparente. ¿Qué puede temerse de un minúsculo vecindario rural, formado por pobres campesinos y sus familias?

Noticias extraídas del *Service Historique de la Défense* sugieren que el contingente napoleónico enviado a La Peza pertenece al regimiento n.º 75 de infantería de línea, algo que adquiere muchos visos de realidad cuando se sabe que el oficial herido —anteriormente mencionado— estaba adscrito a este cuerpo. Ante una prueba tan reveladora, la identidad regimental de los hombres destinados a la expedición lapeceña parece resuelta y por ende también su potencial, es decir, la dimensión cuantitativa de dicho contingente. Si entre las unidades de la guarnición de Guadix sólo hay una compañía del regimiento n.º 75 de infantería de línea, que es la compañía de *voltigeurs* de su 3.º batallón, quiere decirse que la fuerza napoleónica presente en La Peza el 1 de marzo de 1810 corresponde a los ochenta y seis hombres de su formación: tres oficiales y ochenta y tres suboficiales y soldados¹⁴.

Semejante operación logística no requiere mayores fuerzas, de modo que nada de doscientos hombres ni la asistencia de elementos de la caballería imperial como dice Pedro Antonio de Alarcón. Las tropas de caballería están reservadas para misiones de mayor alcance estratégico y el coronel Corbineau no va a mal emplear a los jinetes del regimiento n.º 20 de dragones, columna vertebral de la guarnición accitana, en una expedición de escasa relevancia cuando había tanto que vigilar en la comarca.

La pieza clave para el esclarecimiento cronológico y militar del episodio de La Peza ha sido la hoja de servicios del subteniente¹⁵ François Antoine Chazottes, uno de los tres oficiales de la compañía de *voltigeurs* del regimiento n.º 75 de infantería de línea. Se trata, para más señas, de un joven lemosín de veintitrés

14. SHD. C8-353. 4.º *Corps de l'Armée d'Espagne. Situation 1.º mai 1810 au 15 mai 1810*.

15. En los ejércitos de la Francia napoleónica, el grado de subteniente pertenecía a la escala de oficiales.

años cumplidos –había nacido el 11 de junio de 1786 en Limoges– y de espigada estatura, que tiene la cara ovalada, los ojos grises, la nariz chata y el pelo moreno¹⁶.

Con esa edad, la trayectoria castrense de Chazottes no podía ser larga: apenas llevaba seis años en el ejército, ya que había ingresado en los *vélites* de la Guardia Imperial el 6 de mayo de 1804¹⁷. Pese a su breve carrera militar goza de cierta experiencia bélica, pues había participado en las campañas de la Vendée y de Alemania, y había recibido su bautismo de sangre en la batalla de Talavera, donde fue herido de bala en el brazo derecho¹⁸.

5. TRAS LA HUELLA DEL CARBONERO ALCALDE: MANUEL ATIENZA A JUICIO.

El acto central del suceso bélico de La Peza –acaecido el 1 de marzo de 1810 entre vecinos y franceses– es un acontecimiento historiográficamente oscuro si por ello se entiende que no está avalado por fuente documental alguna, sino que ha trascendido de medios literarios, algo que suscita sospechas por su capacidad deformadora de la realidad. La única fuente informativa que se tiene sobre el enfrentamiento, sobre el concreto desarrollo del combate, es el relato de Pedro Antonio de Alarcón y a su texto hay que acogerse, como heredero de la historia oral, aun a sabiendas de la contaminación fantástica por su carácter de obra literaria.

Hay que acogerse al texto alarconiano como exclusivo instrumento de información, pero no todo lo que allí se cuenta vale. Dicho texto debe ser sometido a un examen de limpieza para desposeerlo de la hojarasca retórica que envuelve a su esencia histórica, es decir, hay que aventarlo con el propósito de separar el grano de la paja y recoger sólo lo que verdaderamente tiene sentido y coherencia desde la verosimilitud. Lo demás sobra.

Aproximadamente son las tres de la tarde del jueves 1 de marzo de 1810 cuando el contingente napoleónico enfila el último tramo del camino que desemboca en La Peza y aunque todavía queda cierto trecho para llegar, los franceses saben que su presencia no va a ser bien recibida en el pueblo. Los signos de hostilidad son inequívocos porque silban algunas balas desde la distancia y se oye en la lejanía el repique de las campanas de la iglesia, que tocan a rebato. La actitud de aquella gente no parece tan pacífica como podía esperarse de un minúsculo vecindario amedrentado.

El incommensurable poder de las armas napoleónicas, tan temido en toda Europa, no arredra a los lapeceños y el pueblo entero está en pie de guerra, animado por una temeraria obstinación más que por sentimientos patrióticos. Los franceses están desconcertados ante aquella declaración de guerra porque no

16. SHD. 20 YC-48, f. 20. *Registre matricule de vélites. 15 germinal an XII juin 1807.*

17. ANF. Légion d'Honneur. Dossier 514/16. *État des services de Mr. Chazottes, François Antoine Marie* (Lorient, 16 de agosto de 1816).

18. *Ibidem*.

comprenden cómo los pocos habitantes de un villorrio, aislado en las agrestes profundidades del reino de Granada, podían atreverse a desafiar a las todopoderosas tropas de Napoleón. Los lapeceños parecen insensibles al pánico que suscita en todo el mundo las expeditivas respuestas de los ejércitos imperiales ante el menor gesto de oposición y de resistencia. Pregúntesele si no al vecindario de Málaga, que fue reprimido a hierro y fuego unas pocas semanas antes por el atrevimiento de oponerse a la entrada de las tropas francesas en su ciudad.

La Peza arde en efervescencia antinapoleónica aquel primer día de marzo, cuando la primavera está a punto de irrumpir en el calendario de 1810. Soplan aires de guerra y el clima bélico reinante es sostenido por un ejército local de doscientos vecinos, tan eufóricos como mal armados, porque en el pueblo no hay más hombres útiles ni más armas que un puñado de viejas escopetas y trabucos. Sin embargo, disponen de todo un arsenal de hachas, navajas, garrotes y hondas, instrumentos corrientes en sus tareas cotidianas.

La agitación existente en el pueblo no corresponde a un movimiento vecinal anárquico y espontáneo, sino todo lo contrario porque se trata de un fenómeno colectivo previamente organizado bajo el liderazgo de una figura concreta. Ese caudillaje sólo puede ser desempeñado por alguien de gran ascendencia, ya sea personal o ya pública, y a decir de Pedro Antonio de Alarcón ningún lapeceño posee más carácter que el alcalde ordinario de la villa: Manuel Atienza.

Pese a la naturaleza literaria de la narración de este episodio, no hay duda sobre la historicidad de Manuel Atienza, aunque otra cosa es que ejerciera la dignidad de alcalde en tales días de 1810. Un interesante artículo, publicado hace casi veinticinco años por Juan Sáez Medina, repara en los titulares de la alcaldía de La Peza de los primeros años del siglo XIX y aunque su autor admite ciertas lagunas en la documentación consultada, cree poco probable que Manuel Atienza fuera alcalde en 1810 (Sáez Medina, 1991: 69). Basa sus sospechas en el hallazgo de dos recibos de las cuentas parroquiales de fábrica de dicho año, donde constan los nombres de las primeras autoridades lapeceñas: "En ninguno de estos recibos aparece Manuel Atienza como alcalde de La Peza" (Sáez Medina, 1991: 68).

Sin embargo, en otros papeles pertenecientes al año 1816 figura el nombre de un tal Manuel Atienza como titular de dicho cargo municipal. Nada garantiza que este Manuel Atienza sea el famoso "carbonero alcalde" de Alarcón, pero es muy probable que se trate de la misma persona, aunque ello implique negar el desenlace del relato alarconiano como luego se verá.

En la villa lapeceña de 1810 viven dos vecinos así llamados y uno de ellos queda descartado de todo protagonismo en el episodio bélico en cuestión porque es un anciano de setenta y siete años (Sáez Medina, 1991: 66), edad que no permite excesos. El otro vecino homónimo es hijo del anterior y se convierte en el principal candidato para ser señalado como "el carbonero alcalde" porque su edad —va a cumplir los cuarenta y seis años— se ajusta con bastante precisión al rango indicado por Alarcón: "Era [...] un mortal de cuarenta y cinco a cincuenta años" (Alarcón, 1859: 130).

A tenor de esta noticia, parece algo más que una hipótesis que el primer actor y destacado protagonista de la presente historia pudiera ser Manuel Atienza Vílchez, un lapeceño nacido el 28 de julio de 1764 según reza en su partida de bautismo:

“En la villa de La Peza en tres días del mes de agosto de mil setecientos sesenta y cuatro años, yo Don Domingo Caro, [...], cura de la Iglesia parroquial de esta dicha villa, baptizé solemnemente en la pila de la citada Iglesia a Manuel Sebastián, que nació el sábado veintiocho de julio próximo pasado, hijo de Manuel Atienza Guirao y de Isabel de Bílchez Rodríguez, su mujer, naturales y vecinos de esta villa.” (Sáez Medina, 1991: 66-67)

Pese a los condimentos folletinescos que adoban esta historia, la figura de Manuel Atienza es una pieza incuestionablemente histórica en el entramado literario del relato, aunque su fisonomía no tiene por qué coincidir con el retrato dibujado por la pluma de Alarcón que, con toda seguridad, es una licencia literaria de la imaginación del escritor:

“Alto como un varal, huesudo o nudoso [...] como un acerolo, y fuerte como una encina, aunque a decir verdad su largo ejercicio de carbonero habíale quemado y ennegrecido de tal modo que, de parecer una encina, parecía una encina hecha carbón. Sus uñas eran pedernal; sus dientes caoba [...]; sus manos bronce pavonado por el sol; su cabello, por lo revuelto y empajado, cáñamo sin agramar [...]. De sus ojos sólo podemos decir que Manuel Atienza veía: no afirmaremos con tanta seguridad que miraba. [...] Su boca, en fin, era la de un alano viejo; su frente desaparecía debajo de las avanzadas del pelo, que le caía hasta los ojos; su cara relucía como el cordobán curtido, y su voz, ronca como un trabucazo, tenía ciertas notas ásperas y bruscas como el golpe del hacha sobre la leña.” (Alarcón, 1859: 130)

Siendo el carboneo la principal actividad vecinal, no parece extraño que Manuel Atienza se dedicara a este oficio, en cuyo caso es muy probable que acierte Pedro Antonio de Alarcón cuando dice que “era carbonero o ranchero de la sierra, como ellos se llaman” (Alarcón, 1859: 130). Aunque no hay pruebas documentales para asegurarlo a ciencia cierta, debe tenerse en cuenta que hasta hace relativamente poco —según la declaración de un viejo lapeceño en 1972— “todos los hombres del pueblo, apartando al cura y al médico, nos dedicábamos al carbón” (Ramos, 1972).

6. LA GRAN EXPLOSIÓN: TODO POR LOS AIRES.

Las muestras de hostilidad que se advierten en La Peza la tarde del 1 de marzo de 1810 son inequívocas y el pueblo parece una pequeña plaza fuerte, aunque toscamente fortificada como ahora se verá. Ni el último soldado del contingente napoleónico, que se halla en las puertas de la villa, alberga la menor duda sobre las intenciones de los lapeceños. Las evidencias cantan: los vecinos están resueltos a cortar el paso a los franceses e incluso a pelear hasta la muerte si fuera necesario.

El aspecto del pueblo denota las intenciones de sus habitantes. La calle embocada al camino de Guadix y otras aledañas están taponadas con una espesa maraña de troncos y ramas que los lugareños, como expertos leñadores, habían talado en los montes inmediatos. Pero estas murallas de leña, estratégicamente colocadas, no son la única defensa dispuesta para impedir la entrada de las tropas imperiales en el pueblo. Sobre la pila de maderos que cierra el acceso desde el camino de Guadix, sitio por donde han de llegar los franceses, se había instalado un colosal cañón, construido con el tronco ahuecado al fuego de una de las encinas que por su tamaño allí le llaman “abuelas”. El artefacto, abrazado por un enredo de tomizas y alambres, dejaba pequeño al mayor de los cañones de la artillería regular, que es la pieza de veinticuatro libras.

No se sabe quién tuvo la idea de construir semejante cañón de madera, pero es evidente que desconocía —la afirmación es incuestionable— el concepto físico de la resistencia de la pared de las armas. Sólo le importaba el tamaño del cañón porque creía que cuanto más grande fuera mayor carga podría contener, y cuanta más carga mayor efecto expansivo. Desde luego, el autor de tan peregrina idea no se equivocaba.

El tronco de encina con aspecto de cañón, cargado de pólvora y de guijarros hasta la bocacha, aguardaba la aproximación de la tea encendida cuando los franceses estuvieran a tiro. Todo estaba preparado y el ejército de lapeceños dispuesto para la acción. Son unos doscientos hombres, que Pedro Antonio de Alarcón trata de una manera tan irrespetuosa como ofensiva: “Sólo se podía llamar así por exceso de filantropía, pues más que hombres parecían orangutanes”¹⁹.

Con el acercamiento de las tropas napoleónicas el revuelo crece en el pueblo y ante la inminente confrontación, los vecinos se concentran a toque de tambor en la plaza del Ayuntamiento para formar en orden de batalla. Según cuenta Alarcón, hay arenga de Manuel Atienza con una pose y unos gestos más propios de un actor de opereta que de un caudillo:

“Atienza empuña entonces una larga y negra espada antigua de ancha cazoleta y extensos gavilanes; cuelga a su canana una pistola de arzón; coge con la mano izquierda su vara de alcalde, ni más ni menos que haría con su bastón un mariscal de Francia, y seguido de un brillante estado mayor, compuesto del alguacil, del pregonero o *peón público* y del *infrascrito*, que es como por antonomasia llama su mujer al fiel de fechos, pasa revista a sus formidables huestes, que le presentan las armas o tiran la montera por alto.” (Alarcón, 1859: 130)

Este pasaje está especialmente literaturizado por Alarcón y el tinte cuasi cómico con el que lo pinta, le resta verosimilitud porque la situación carece de la gravedad presente en los preliminares de todo enfrentamiento bélico. La teatralización del hecho, con una escenografía de cartón piedra, imprime un efecto intrascendente a algo tan serio como la guerra.

19. Esta irreverente expresión, omitida en la primera entrega del relato que se publica en *El Museo Universal*, aparece en ediciones posteriores.

Los pormenores descriptivos de la pelea entre lapeceños y franceses son una pura invención alarconiana porque no hay fuente historiográfica, ni siquiera una, que repare en detalles. Por tanto, todo el conjunto de gestos y circunstancias concernientes al combate encajan en el campo de la literatura, terreno al que pertenece el relato que muchos han tomado como fuente histórica del episodio de La Peza.

Quizá lo único verídico de este episodio bélico sea la ocurrencia, la disparatada ocurrencia, del cañón construido con el tronco de una vieja encina y finalmente sea el instinto literario de Alarcón el que aprovecha ese trasfondo de realidad, superviviente en la memoria colectiva, para entretejer su relato.

La separación entre los contendientes se reduce paulatinamente y todo el mundo espera que las hostilidades se rompan de un momento a otro. Sólo median unas cuantas decenas de metros cuando saltan las primeras chispas. Ha llegado la hora de la verdad y los lapeceños, envalentonados, se concentran en torno al insólito cañón con la absoluta certeza de quienes confían en un arma infalible. La mecha espera el roce de la llama.

El punto culminante del episodio bélico de La Peza —y acaso lo único con base histórica— está definido por el protagonismo de la recia encina atragantada de pólvora y de proyectiles heterogéneos. Las esperanzas del pueblo están depositadas en esta singular pieza de artillería. Pero las esperanzas saltan por los aires, nunca mejor dicho, en cuanto la pólvora se inflama porque la pared de la encina ahuecada, por muy prieta que estuviera con alambres abrazadores, no puede soportar la presión ígnea y revienta en mil pedazos.

La explosión ocasiona grandes daños y naturalmente los mayores damnificados son las personas que andan en las proximidades del origen explosivo. Quienes resultan peor parados son los usuarios del cañón, es decir, la gente que estaba detrás de la bocacha por donde debía proyectarse la descarga. Se presume que el quebranto sufrido en el bando local no debe ser cosa menor si se atiende a la magnitud de la detonación, y la escena resultante bien podría parecerse a la que describe la pluma de Alarcón:

“Fue aquello, pues, un caos de humo, de polvo, de rugidos, de lamentos, de relinchos, de llamas, de sangre; de cadáveres deshechos, cuyos miembros volaban todavía o volvían a la tierra entre balas, piedras y otros proyectiles” (Alarcón, 1885: 23).

Nada puede decirse sobre las bajas que el accidente provoca en el vecindario lapeceño porque no se conserva, mal que colma de tinieblas las investigaciones, la única fuente documental que podría despejar la incógnita: el registro parroquial de las defunciones correspondientes al año 1810. Sin este instrumento informativo no hay manera de conocer las muertes asentadas el 1 de marzo de ese año, que serían las víctimas de la catástrofe.

No ocurre lo mismo con las noticias referentes a las bajas del destacamento napoleónico porque en los archivos militares franceses se encuentran algunos datos interesantes, aunque diluidos en un mar de papeles. Revisadas las hojas de servicios de los oficiales, suboficiales y soldados del regimiento n.º 75 de

infantería de línea recuérdese que la compañía de *voltigeurs* de su 3.^{er} batallón coprotagoniza la acción lapeceña existentes en el *Service Historique de la Défense*, la conclusión es determinante.

En los miles de expedientes militares consultados se advierte una baja segura en La Peza y otra dudosa, aunque probable pese a omitirse la fecha y el lugar donde se produce: la primera baja aludida es la del subteniente François Antoine Chazottes, oficial que resulta herido de un cuchillazo en el lado de la mama izquierda como se ha referido anteriormente (Martinien, 1899: 285)²⁰; y la segunda es la del soldado Guillaume Nicolas Fauçon, un joven de veintiocho años cumplidos –había nacido el 6 de diciembre de 1781 en Saint-Annoise– que es “bléssé grièvement d’un coup de feu au pied gauche”²¹.

Dícese que esta segunda baja es dudosa porque en el documento no se indica explícitamente que el soldado Fauçon cayera herido en La Peza, sino “près de Grenade, en Espagne”²². Pese a la omisión, se supone que la baja se produce en el combate de La Peza porque aquí acontece la única acción conocida de esta compañía del regimiento n.º 75 de infantería de línea en tierras granadinas.

Las causas de ambas bajas están bien definidas: una se produce por arma blanca y la otra por arma de fuego. De ello se desprende una conclusión que excluye heridas de metralla, es decir, lesiones debidas al impacto de proyectiles graneados por explosión. Consiguientemente, el reventón de la encina acañonada a nadie alcanza del destacamento napoleónico y tanto el subteniente Chazottes como el soldado Fauçon resultan heridos en la refriega posterior al estallido del cañón, cuando el desconcierto reina en las calles lapeceñas.

¿De dónde saca Pedro Antonio de Alarcón que las tropas francesas pierden cien hombres en La Peza y en el camino de regreso a Guadix, durante su precipitada huida? (Alarcón, 1859: 131). Esta cifra es una exageración que sólo se explica si impera el interés de revestir el hecho con una pátina épica, homérica. Una pérdida de cien hombres no es cosa baladí y un número de bajas tan elevado habría trascendido a las fuentes militares francesas como puede comprobarse en multitud de casos, muchos de ellos con bastante menos víctimas. Ni siquiera en batallas campales como Austerlitz, Léna, Bailén o Wagram hay unidades que contabilizan un centenar de bajas. Comparar la acción de La Peza con aquellas grandes contiendas bélicas carece de sentido porque, con todos los respetos, la acción de La Peza no fue para tanto.

20. ANF. Légion d'Honneur. Dossier 514/16. *État des services de Mr. Chazottes, François Antoine Marie* (Lorient, 16 de agosto de 1816).

21. “Herido gravemente de un tiro en el pie izquierdo”. SHD. GR 21. YC-601, f. 425. Registres matricules des sous-officiers et hommes de troupe de l'infanterie de ligne. 75^e Régiment d'infanterie de ligne, 1.^{er} vendémiaire an XII 1.^{er} thermidor an XIII (24 de septiembre de 1803-20 de julio de 1805)

22. “Cerca de Granada, en España” (*Ibidem*).

7. TRACA FINAL.

El final del relato de Alarcón también suscita sospechas en cuanto a su historicidad, a su verosimilitud. No se cuestiona el hecho de otra visita de las tropas napoleónicas a La Peza cuatro días después de la primera, el 5 de marzo de 1810, porque es probable y aun posible que así fuera, pero cuesta trabajo creer que tuviera la dimensión militar referida por el escritor accitano:

“Cuatro días después salían con dirección a la villa gobernada por Atienza dos mil cuatrocientos hombres de todas armas, al mando de un oficial general” (Alarcón, 1859: 131).

Difícilmente puede aceptarse que el gobernador napoleónico de Guadix destinara dos mil cuatrocientos hombres para someter a un pequeño pueblo de poco más de mil habitantes. En tal supuesto se habrían adjudicado prácticamente dos soldados imperiales por cada lapeceño, incluidos ancianos, mujeres y niños, una relación tan desproporcionada que ni siquiera se da en las operaciones represoras populares de gran alcance como, por ejemplo, el 2 de mayo madrileño.

Hay otro factor que niega el exagerado despliegue militar sobre La Peza en esta segunda ocasión. Consta en el relato alarconiano que las tropas represoras proceden de Guadix y se da a entender que pertenecen a su guarnición, algo imposible porque entonces –según los estados de fuerza y situación correspondientes a esa fecha– los efectivos presentes en la ciudad accitana sólo ascienden a unos quinientos hombres²³. ¿De dónde salen los dos mil cuatrocientos franceses, si en medio reino de Granada no hay desplegado semejante potencial militar?

No menos discutible es, desde el punto de vista histórico, el desenlace que Pedro Antonio de Alarcón da al episodio bélico de La Peza. Esta aventura de resistencia antinapoleónica es fundamentalmente la historia de su principal protagonista y el relato acaba con el final del carbonero alcalde: Manuel Atienza.

Pero la muerte de este personaje acontece en una situación tan rocambolesca que el hecho más bien parece propio de un guión dramático, al gusto romántico, que un acto real. La muerte de Atienza tiene poco de verosímil porque a ningún agonizante, herido de dos balazos mortales, se le ocurre escenificar en trance semejante una parodia llena de gestos teatrales como la que detalla Alarcón:

“Alcánzale en esto un tiro en el vientre, lo que le arranca un rugido pavoroso; conoce que va a morir; arroja el trabuco, no sin mirarle con enojo al considerarlo inofensivo; sácase del cinto el enorme bastón que conocemos, y dirigiéndose a un coronel que le insta en mal español que se entregue: –¡Yo no me rindo! dice. ¡Yo soy la villa de La Peza, que muere antes que entregarse! Y rompiendo el bastón entre sus manos, lo arroja a la faz de los franceses, y él se precipita detrás, cayendo contra las peñas de un hondo barranco, donde sus huesos de bronce crujen al saltar hechos astillas” (Alarcón, 1859: 130).

23. SHD. C8-353. 4^e Corps de l'Armée d'Espagne. Situation 1.^{er} mai 1810 au 15 mai 1810.

Tal desenlace sólo se entiende como un recurso literario con dos claras pretensiones: la exaltación patriótica por un lado y el enaltecimiento del insumiso carácter español por otro. Pedro Antonio de Alarcón no reprime sus sentimientos galofóbicos al concluir el relato y como una especie de moraleja final, sublima el concepto de patriotismo con el gesto de Atienza de preferir antes la muerte que la sumisión al invasor francés.

La muerte literaria de Atienza no se corresponde cronológicamente con su muerte real porque, según las investigaciones de Sáez Medina, parece seguro que no fallece en la refriega del 5 de marzo de 1810. Si este Manuel Atienza es la persona que empuña la vara de alcalde de La Peza en 1816, como tiene todos los visos, está claro que no pudo morir seis años antes en enconada lid con los franceses. A la vista de tantas evidencias, cabe pensar que la deliberada precipitación de Atienza por un tajo para no caer en manos napoleónicas es “sólo ficción literaria con un cierto sabor romántico” (Sáez Medina, 1991: 69).

8. DOSCIENTOS AÑOS DESPUÉS.

Coincidiendo con el bicentenario de la Guerra de la Independencia, no pocas poblaciones han mirado hacia atrás en el tiempo con el fin de rescatar la memoria de hechos acaecidos contra el francés en sus calles o en sus ruedas inmediatos. Tales son los casos, entre otros muchos, de Bailén con su sonada batalla, de Zaragoza con sus dos famosos sitios y de Madrid con su celeberrimo dos de mayo.

Las llamadas recreaciones históricas se han puesto de moda con las celebraciones y la villa de La Peza no es ajena a esta moda porque desde hace algunos años, parece que desde 2008, conmemora en un ambiente festivo la hazaña de su carbonero alcalde. Naturales y foráneos se disfrazan con trajes de época unos con vistosos uniformes napoleónicos y otros con rústicas indumentarias locales para escenificar *in situ*, es decir en el mismo marco físico, la refriega protagonizada por lapeceños y franceses en 1810, incluido el afamado cañón de encina ahuecada. Ese día es una jornada de fiesta en el pueblo.

Nada hay que objetar sobre la moda de las recreaciones históricas y sólo los gustos mandan. A unos podrá agradarles más que a otros porque, como dice el refrán, “sobre gustos no hay disputa”. Pero, aunque toda recreación es un espectáculo en sí mismo, siempre debe prevalecer un mínimo respeto por el pasado.

Recrear es revivir, o sea, volver a vivir lo ya vivido en otro momento, algo que implica ajustarse lo más fielmente posible al guión de los hechos porque de lo contrario no sería recrear, sino crear una realidad distinta que nada tendría que ver con los acontecimientos originales. Las recreaciones contribuyen a la firmeza de la tradición y eso siempre es positivo para refrescar en la conciencia colectiva la memoria del pasado, pero sin olvidarse jamás del compromiso con el argumento histórico.

Por consiguiente, no está mal que hoy se recree, se reviva, el episodio bélico de La Peza de 1810, aunque tampoco estaría de más que los recreadores y los organizadores de la escenificación se autoimpusieran cierto nivel de exigencia con los principios históricos de unos hechos ocurridos hace ya más de doscientos años. En la medida de lo posible, nunca debería traicionarse la sentenciosa y sabia máxima ciceroniana: "Historia testis temporum, lux veritatis, vita memoriae"²⁴.

REFERENCIAS.

Archivo Histórico Nacional. Madrid.

Archives Nationales de France. París.

Service Historique de la Défense. Château de Vincennes.

Hemeroteca de Granada. Casa Museo de los Tiros. *Gazeta de Granada. Gazeta del Gobierno de Granada*.

Alarcón, P.A. de (1857) ¡Viva el Papa! *El Museo Universal*, n. 23: 154-155.

Alarcón, P.A. de (1859) El carbonero alcalde. Episodio de la Guerra de la Independencia. *El Museo Universal*, n. 17: 130-131.

Alarcón, P.A. de (1885) *Novelas cortas de D. Pedro Antonio de Alarcón. Segunda serie. Historietas Nacionales*. Madrid: A. Pérez Durrull.

Alarcón, P.A. de (1918) *Obras de D. Pedro A. de Alarcón. Historia de mis libros*. Madrid: Sucesores de Rivadeneyra.

Asenjo Sedano, C. (1986) *La Guerra de la Independencia y otras noticias del siglo XIX*. Guadix: Escaccium.

Asenjo Sedano, C. (1997) *Por tierras de Granada. La Accitania o Tierra de Guadix*. Granada: Port-Royal.

Bouillé, L.J.A. de (1906-1911) *Souvenirs et fragments pour servir aux mémoires de ma vie et de mon temps (1789-1812)*. París: Alphonse Picard et fils. 3 v.

Clemente Rubio, S.R. (2002) *Viaje a Andalucía. Historia natural del Reino de Granada (1804-1809)*. Almería-Barcelona: Griselda Bonet Girabet.

Díaz Torrejón, F.L. (2011) En los umbrales de la Granada napoleónica: capitulación y toma. *Trienio, Ilustración y Liberalismo. Revista de Historia*, n. 57: 73-107.

Gil Novales, A. (2010) *Diccionario biográfico de España (1808-1833). De los orígenes del liberalismo a la reacción absolutista*. Madrid: Fundación Mapfre. 3 v.

24. «Historia testigo de los tiempos, luz de la verdad, vida de la memoria».

- Guitarte Izquierdo, V. (1992) *Episcopologio español (1700-1867). Españoles obispos en España, América, Filipinas y otros países*. Castellón de la Plana: Ayuntamiento.
- Madoz, P. (1845-1850) *Diccionario geográfico-estadístico-histórico de España y sus posesiones de ultramar*. Madrid. 16 v.
- Martinien, A. (1899) *Tableaux par corps et par batailles des officiers tués et blessés pendant les guerres de l'Empire (1805-1815)*. París: Henri Charles-Lavauzelle.
- Miñano y Bedoya, S. de (1826-1829) *Diccionario geográfico-estadístico de España y Portugal*. Madrid: Pierart-Peralta. 11 v.
- Moreno e Hidalgo, B. (1926) Por tierras granadinas. Un religioso jaenés del siglo XVI. *Don Lope de Sosa*, n. 160: 109-113.
- Mullié, Charles (1851). *Biographie des célébrités militaires des armées de terre et de mer de 1789 à 1850*. París: Poignavant. 2 v.
- Percy, P.F. (1904) *Journal des campagnes du baron Percy, chirurgien en chef de la Grande Armée (1754-1825)*. París: Plon.
- Pérez López, S. (1998) *Guadix y su Obispado en la Guerra de la Independencia. Quebranto económico y ruptura social en una Diócesis de la Alta Andalucía (1808-1814)*. Córdoba: CajaSur.
- Peyron, J.F. (1782) *Nouveau voyage en Espagne, fait en 1777 et 1778*. Londres: P. Elmsly. 2 v.
- Ramos, A. (1972) Los corregidores de La Peza. *Ideal* (9 de abril).
- Sáez Medina, J. (1991) Aproximación histórica a 'El Carbonero Alcalde'. *Boletín del Instituto de Estudios «Pedro Suárez»*, n. 4: 63-69.
- Thomson, P. (1984) La historia oral y el historiador. *Debats*, n. 10: 52-56.
- Ventué y Peralta, B. (1885) *Estudio sobre el cambio y mejoramiento del cultivo en la vega y demás territorio de la provincia de Granada*. Granada: Indalecio Ventura Sabatel.